

Malaika se agita sudando, sintiéndose una mujer poseída por el diablo. Aquello tenía como causa las tareas sadomasoquistas a las que se consagraba los domingos en un hotel de lujo. Su labor consistía básicamente en lo mismo que en la calle, pero en este caso, como los clientes eran potentados, el trabajo resultaba muchísimo más complicado y estresante. Al menos aquello no lo hacía por dinero, ya que era tan terrible que no tenía precio. El pago que había solicitado a un jefe de policía que dirigía el cotarro, era un salvoconducto para las prostitutas que recogía de la calle. Todo estaba previsto, pues habían llegado a un acuerdo. En vez de dinero, se les expedía un certificado de defunción y un pasaporte falso. Si su chulo pedía ser indemnizado, se le daba el dinero que demandaba, e incluso alguno más de propina para que estuviera contento. No solía pasar allí nunca más de una hora, pero se le hacía eterno, pues era como el viaje de Dante a los infiernos. Había conseguido aquel trabajo hacía años gracias a una vieja prostituta muy conocida en Vigo por tratarse de una amiga íntima de Fraga desde la juventud y suministradora de carne humana en la vejez. Allí había comenzado a trabajar como chaperó a los dieciocho. Su madre, con un miserable sueldo a cambio de dos trabajos, secretaria y prostituta gratuita de su jefe, como tantas y tantas mujeres en el mundo; jamás podría haber llegado ni siquiera a pagarle una habitación en un piso compartido con el fin de poder ir a la universidad. La vida era así de triste para los proletarios de verdad, las mujeres solas con hijos de las cuales todo quisque se podía aprovechar. Se trataba de una estrategia de la dominación masculina para doblegarlas a todas, obligándolas a conseguir un marido. Si no se convertían en las esclavas legítimas de un hombre, luego a sus hijos también se los pasaban por la piedra para castigarlas. Las cosas eran así de trágicas en todo el mundo. Habían sido estipuladas hacía muchos siglos, y nadie podía cambiarlas. Aunque a principios del siglo XX en España, como en muchos otros países, las sufragistas y los anarquistas se habían propuesto dar un giro a la historia, ahora la batalla estaba irremediabilmente perdida. Si el comunismo, al menos, hubiera servido para que las mujeres maltratadas pudieran abandonar a sus maridos, tal como había tratado Bertha Pappenheim, el nazismo nunca hubiera existido. Pero existía, se llamaba liberalismo, y estaba más en ebullición que nunca. Primero las ondas de radio, y ahora las de la televisión, eran empleadas por el propio satanás para hacerse obedecer. El sadomasoquismo guiaba a la humanidad. El BDSM de andar por casa, sin tacones, en zapatillas, representaba el arma de destrucción masiva de esta tercera guerra mundial. Nuestros futuros líderes de extrema derecha, nietos de amigos de Franco y de mujeres frías, no eran pecadores, sino psicópatas como el de Psicosis. Sus verdaderas dominatrices eran sus mamás, mujeres tan arregladas como la Thatcher y despiadadas como la Merkel. La derecha española estaba llena de ellas, y lo peor es que se creían santas por pertenecer al Opus Dei. De ahí que sude y se agite como la niña del exorcista.